



Con María en el corazón de la Iglesia

Materiales para la Jornada *Pro orantibus* 2020



© Editorial EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Tlf.: 91 343 97 92

edice@conferenciaepiscopal.es

SUMARIO

Presentación	5
Testimonios	9
Textos del Magisterio.....	11

PRESENTACIÓN

En el calendario litúrgico de este año —afectados por la crisis del «coronavirus» y sus dramáticas consecuencias— celebramos la solemnidad de la Santísima Trinidad el próximo domingo 7 de junio. Es la festividad escogida para la Jornada *Pro orantibus*. En ella oramos por quienes oran continuamente por nosotros: las personas consagradas contemplativas. Con este motivo, agradecemos a Dios esta forma de consagración que necesita la Iglesia. Igualmente, reiteramos nuestra estima y nuestro compromiso para conocer mejor la vocación contemplativa que nos acompaña y a la que queremos acompañar en el corazón de la Iglesia y de cada persona bautizada.

«Con María en el corazón de la Iglesia» es el lema de 2020. La Virgen María y la Iglesia constituyen el marco para la vida consagrada en España este año. Por ello, en la Jornada de la Vida Consagrada del pasado 2 de febrero la consigna fue «La vida consagrada con María, esperanza de un mundo sufriente». Entonces contemplábamos a María como modelo de esperanza para todos los consagrados que tratan de ser cercanos a tantas realidades de nuestro mundo marcadas por el dolor; ahora, María se nos ofrece como signo para la vida consagrada contemplativa, que está llamada, como ella, a habitar el corazón del cuerpo místico de Cristo, de la Iglesia que, con amor materno, acompaña a sus hijos e hijas en todo momento, pero sobre todo en la desgracia.

Para celebrar esta jornada en la clave cordial y eclesial que el lema escogido nos propone, podemos releer aquella página celeberrima del diario de santa Teresa del Niño Jesús, en la cual la joven —de espíritu a la vez misionero y contemplativo— describe cómo encontró su propia vocación dentro de los múltiples carismas con que Dios adorna a su pueblo:

Al contemplar el cuerpo místico de la Iglesia, no me había reconocido a mí misma en ninguno de los miembros que san Pablo enumera, sino que lo que yo deseaba era más bien verme en todos ellos. Entendí que la Iglesia tiene un cuerpo resultante de la unión de varios miembros, pero que en este cuerpo no falta el más necesario y noble de ellos: entendí que la Iglesia tiene un corazón y que este corazón está ardiendo en amor. Entendí que solo el amor es el que impulsa a obrar a los miembros de la Iglesia y que, si faltase este amor, ni los apóstoles anunciarían ya el Evangelio, ni los mártires derramarían su sangre. Reconocí claramente y me convencí de que el amor encierra en sí todas las vocaciones, que el amor lo es todo, que abarca todos los tiempos y lugares, en una palabra, que el amor es eterno.

Entonces, llena de una alegría desbordante, exclamé: «Oh Jesús, amor mío, por fin he encontrado mi vocación: mi vocación es el amor. Sí, he hallado mi propio lugar en la Iglesia, y este lugar es el que tú me has señalado, Dios mío. En el corazón de la Iglesia, que es mi madre, yo seré el amor; de este modo lo seré todo, y mi deseo se verá colmado».

En estas líneas, vibrantes y hermosas, encontramos un espejo lúcido y hondo para todos los consagrados contemplativos y, en cierto modo, para todos los que celebramos y gozamos con ellos los frutos de esta vocación particular en el seno de la Iglesia. La vida contemplativa –como María en medio de la comunidad discipular, como el corazón en el centro del cuerpo humano– permanece «escondida» de todo y de todos, pero presente en todo y en todos. No constituye un miembro entre otros, sino que representa aquello que vivifica y sostiene a todos los miembros: el amor. María es memoria primerísima del amor de Dios en Jesús; la vida contemplativa es memoria singularísima del amor de Jesús en la Iglesia. Por eso, el lugar de la vida consagrada contemplativa coincide con el lugar de María, Madre de Dios y Madre de la Iglesia: cada una a su modo, ambas constituyen el corazón del cuerpo místico de Cristo, ese hondón en el que se recoge y se expande la sangre que vivifica a todos los hombres con la fuerza del amor divino.

Por tanto, al recordar y agradecer de manos de María la historia de tantos hombres y mujeres consagrados a la vida de contemplación, que es al mismo tiempo una vida oculta y fecunda para el mundo y nos muestra la luz de Dios, sobre todo cuando la oscuridad se cierne sobre la humanidad, recordamos y agradecemos que:

1. La vida consagrada contemplativa, con María, custodia fervorosamente la realidad central de la fe, que es el amor de Cristo. Con María en la cueva de Belén, las personas consagradas contemplativas mantienen viva la confianza en ese Dios que, por puro amor nuestro –en el silencio y el frío de la noche, en el rincón más pobre de este mundo–, se encarna para salvación de todos.
2. La vida consagrada contemplativa, con María, alienta sin descanso la gran esperanza de la Iglesia, que es la misericordia del Padre. Con María al pie de la cruz, las personas consagradas contemplativas despiertan a su alrededor la paciencia y la perseverancia de quien se sabe acogido por las entrañas compasivas de Dios Padre en toda circunstancia, aun en medio de grandes sufrimientos, como los presentes.
3. La vida consagrada contemplativa, con María, irradia al mundo la alegría de vivir según el Evangelio, según la gracia del Espíritu. Con María en las bodas de Caná, las personas consagradas contemplativas contagian ese gozo que solo conoce quien ha probado el vino mejor del Espíritu Santo, ese vino que es Buena Noticia para quien lo saborea sin prisa, convirtiendo cada día, por sencillo y cotidiano que parezca, en un anticipo precioso del gran banquete del Reino.

De este modo –y de tantos otros– los consagrados contemplativos son, en el corazón de la Iglesia, el amor. El infinito amor de Dios que María conservó en su corazón para la vida del mundo. Amor que hoy acrecienta la esperanza. A ella, nuestra Madre, le pedimos, en esta Jor-

nada *Pro orantibus*, que los guarde, como ellos guardan la Palabra de Dios para cuantos se acercan a beber de la eterna Fuente que —aunque es de noche— mana y corre.

Comisión Episcopal para la Vida Consagrada

Presidente:

MONS. D. LUIS ÁNGEL DE LAS HERAS BERZAL, CMF,
obispo de Mondoñedo-Ferrol

Miembros:

MONS. D. VICENTE JIMÉNEZ ZAMORA,
arzobispo de Zaragoza

MONS. D. JOSÉ VILAPLANA BLASCO,
obispo de Huelva

MONS. D. JOAQUÍN M.^a LÓPEZ DE ANDÚJAR Y CÁNOVAS DEL CASTILLO,
obispo emérito de Getafe

MONS. D. EUSEBIO HERNÁNDEZ SOLA, OAR,
obispo de Tarazona

MONS. D. MANUEL HERRERO FERNÁNDEZ, OSA,
obispo de Palencia

TESTIMONIO

Para nosotras, ser invitadas a peregrinar *con María* hacia *el corazón de la Iglesia* se nos hace entrañable porque, por carisma fundacional¹, hemos sido llamadas a vivir el seguimiento de Cristo desde Ella y en Ella. La Virgen Inmaculada expresa nuestra forma de vida y marca nuestro cotidiano y peculiar camino hacia el don de la santidad universal. El Espíritu, que lo inspiró, se encarga de introducirnos en esa '*Terra Inmaculatae*', y solo tenemos que permanecer en Ella para llegar al corazón de la Iglesia, pues es ahí hacia donde la Virgen nos conduce, donde Ella permanece; es ahí donde encontramos su latir inmaculado, limpio, acompasado al ritmo del latir de Cristo, que *en su eucaristía es el corazón de la Iglesia*².

Si la liturgia de las horas marca cada momento del día con la fuerza de su santificación, y todo en el monasterio gira en torno a esta liturgia, ella tiene su culmen en la eucaristía.

Nuestra comunidad monástica encuentra en la eucaristía celebrada y adorada su lugar de misión. Desde el Misterio de la Toda Santa, somos testigos de la plenitud de la *gracia santificadora* que se desborda en cada eucaristía, *verdadero corazón y fuente de vida en la Iglesia*. Corazón manante siempre del Misterio pascual de Cristo que es misericordia y redención que busca la vida de toda la humanidad.

Ante el Cuerpo de Cristo, al que día y noche somos convocadas, el Espíritu aviva el deseo y la urgencia en cada una de nosotras para ser *guardianas* de este derroche de amor, *vasos consagrados* que procuran que nada de esta gracia se pierda y pueda llegar a cada hijo, porque ciertamente no está destinada a estancarse en nosotras: Jesucristo perte-

¹ Orden de la Inmaculada Concepción, fundada en 1489 por santa Beatriz de Silva para el servicio, la contemplación y la celebración del Misterio de María en su Concepción Inmaculada. (Art. 9, Constituciones Generales de la Orden de la Inmaculada Concepción).

² Cf. HENRI DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, p. 184.

nece a todo hombre, lo sepa o no, lo quiera o no... Jesucristo ha dado la vida por cada uno³. ¡Es Él! ¡Él, el Redentor del hombre!⁴

No es nuestra oración, ni nuestro sacrificio, ni nada propiamente nuestro lo que da valor a esta forma de vida. ¡Es Él! Es Cristo orante, es el sacrificio de Cristo al Padre, es el Espíritu del Padre y del Hijo que se prolonga en su Iglesia. Y así, la misma Virgen nos enseña a reconocerle y a darle a Dios Uno y Trino todo honor y toda gloria. Bien pudo decir san Ambrosio: «Que el alma de María esté en cada uno, para que glorifique a Dios; que el espíritu de María esté en cada uno, para que exulte en Dios».

Haciendo eco de estas palabras, también nosotras podemos decir, o mejor, suplicar como don: que el Corazón maternalmente inagotable de María esté en nosotras, en cada contemplativa (y en cada cristiano) para que ame apasionadamente a Dios y al hombre, humanidad por Él amada y buscada para la Vida.

*Monasterio de la Orden de la Inmaculada Concepción
de Hinojosa del Duque (Córdoba)*

³ ¡Cuánta vivencia interior encierran estas palabras! Si en otro momento pudieron escribirse a la ligera, en este momento en que escribimos y vivimos la desolación que va dejando la pandemia de la Covid-19, las escribimos sabiendo que nada puede expresar nuestro sentir. ¿Qué dolor como mi dolor? Se oye el lamento en el interior del Monasterio, semejante al grito de Raquel por la muerte de sus hijos (cf. Mt 2, 8), semejante al estremecimiento del corazón de la Madre traspasado por la espada de dolor ante la cruz de Jesús (cf. Lc 2, 35).

⁴ Cf. JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, n. 1.

TEXTOS DEL MAGISTERIO

CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA: El arte de la búsqueda del rostro de Dios. Líneas orientativas para la formación de las contemplativas

1. La vida contemplativa radicada en el silencio, primera forma de las comunidades de vida consagrada en la Iglesia, vive en la búsqueda del Rostro de Dios, mientras que lo testimonia y contempla en el corazón del mundo. La presencia de comunidades puestas como ciudades sobre el monte y luces en el candelero (cf. *Mt* 5, 14-15), incluso en la sencillez de vida, indica visiblemente la meta hacia la cual se dirige toda la comunidad eclesial.

168. Nuestro pensamiento se dirige a María, mujer enraizada en el silencio, virgen hecha Iglesia, templo donde la Palabra y la voz del Espíritu resuenan como brisa suave: «Se ha concedido que, por ella y por medio de ella, se realizasen de forma especial los misterios de la salvación humana, así se hizo posible contemplarlos de modo eminente y más profundo»¹. Desde la invitación *Alégrate, oh, toda Hermosa*, al hecho de custodiar los acontecimientos que revelan el misterio en la cotidianidad de cada día; desde la *peregrinatio* a lo largo de la vía dolorosa a la *statio iuxta crucem*; desde el profundo silencio del sábado a la aurora del Resucitado, María se ha convertido en *summa contemplatrix, capax Dei*. Así sea para cada mujer contemplativa: que, en el silencio del claustro, habitada por el misterio, engendre vida.

Homilía del santo padre FRANCISCO en la santa misa en la solemnidad de Santa María, Madre de Dios (1.I.2020)

«María, por su parte, conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón» (*Lc* 2, 19). Conservaba todo: la alegría por el nacimiento de Jesús y la tristeza por la hospitalidad negada en Belén; el amor de José y el asombro de los pastores; las promesas y las incertidumbres

¹ S. DE FIORES, *Elogio a la contemplación*, en S. M. PASINI (ed.), *María modelo de contemplación del misterio de Cristo*, Ed. Monfortianas, Roma 2000, 21-22.

del futuro. Todo lo tomaba en serio y todo lo ponía en su lugar en su corazón, incluso la adversidad. Porque en su corazón arreglaba cada cosa con amor y confiaba todo a Dios.

En el evangelio encontramos por segunda vez esta acción de María: al final de la vida oculta de Jesús se dice, en efecto, que «su madre conservaba todo esto en su corazón» (Lc 2, 51). Esta repetición nos hace comprender que conservar en el corazón no es un buen gesto que la Virgen hizo de vez en cuando, sino un hábito. Es propio de la mujer tomarse la vida en serio. La mujer manifiesta que el significado de la vida no es continuar produciendo cosas, sino tomar en serio las que ya están. Solo quien mira con el corazón ve bien, porque sabe “ver en profundidad” a la persona más allá de sus errores, al hermano más allá de sus fragilidades, la esperanza en medio de las dificultades; ve a Dios en todo.